

## Travesía

### Nariz

Estoy saliendo de un proceso infeccioso de covid. La sutileza de un bicho que se alojó *haciéndose invisible, filtrándose entre mis entrañas sin ser develado*. Quienes sufrimos de procesos de alergias nos vemos en el misterio.

Para mi cuerpo, es normal tener episodios nasales, la nariz como talón de lo sensible de lo externo. Más polvo, más clima seco, más humedad, más frío, más calor, *todo es más para mi nariz*.

Parte de mi vida ha sido a través de la sensibilidad de la nariz. La defensa de su línea natural frente al sistema hegemónico otorrinolaringológico estético -no funcional-, la recreación de su belleza particular, la mirada en la herencia. Soy heredera de una nariz larga, voluntariosa, capaz de olfatear los aromas más sensibles y de llenarme de ellos profundamente, así me gusten o no.

Por eso, cuando en pleno pico de ozono mi nariz espetó, no tuve más que encerrarme, descansar y permanecer con el olfato bajo, que iba y venía según la intensidad de los imanes que he usado para poder respirar. Pero días después, algo cambió.

Muy sutil, apareció la flema, y esa, la flema, no es parte de mi historia. Flema y sensibilidad en la espalda. Flema y frío, carraspera. Esa fue la alerta. Vivo tanto en el cuerpo que lo más sutil lo observo. Y observarme me movió. Aquí hay algo diferente, aquí no soy solamente yo. Alerta.

Desde que inició la contingencia sanitaria la consciencia de los nuevos intercambios biológicos apareció en nuestro espacio. Nuevos bichos, nuevas interacciones, nuevas formas. Un bicho mundial que va a mutar, muchos bichos nuevos desde el deshiele del permafrost, un ecocidio que nos pone en jaque a todas las formas de existencia. He aquí el dilema del siglo. Tanto nos hemos aislado de la interacción comunitaria con ideas de desarrollo y progreso que estamos perdiendo la vida. Y la vida son las interacciones mismas.

Así que, en nuestro inicio pandémico, hablamos de planes y estrategias para reducir riesgos, pero también, aterrizar planes de acción. Cuáles serían nuestros pasos para curar, para sanar, para seguir, qué medicinas, qué atenciones, qué hierbas, qué hacer en caso de enfermarse, todo con la idea de tener una baja pero asentada interacción en este nuevo proceso de ser mundo.

Pienso también en el estigma social. Si la enfermedad llega por trabajo, quizás, *ese día de chamba en el hospital*, pudo ser que, aunada a mi baja de defensas, covid haya decidido venir conmigo, está socialmente aceptado. Pero si fue por tener contacto humano, otras relaciones, otros sistemas, el peso de lo sacrificial pasa a ser el peso de la irresponsabilidad. Como la maternidad, entre más sacrificada y abnegada mejor, si hay goce, si hay placer, hay estigma. Y entonces, cuesta, asusta, enoja. Las prácticas dicotómicas nos alejan, nos fracturan, rompen el sistema frágil de la comunidad.

Se convierte en un asunto de silencio. Tanto silencio como el aborto, el sida, las enfermedades sexuales, la maternidad misma. Hacemos tabúes por las interacciones de un bicho y nos enfrentamos a nuestros propios juicios. Tenemos tanta dureza en el alma.

Y con todo eso, frente a todo eso y en eso, siento algo germinar. Este periodo de cansancio extremo, de agotamiento, de frialdad, de humedad, me está dejando algo nuevo. Puedo sentarme y descansar, aceptar que puedo ser cuidada -una es quien siempre cuida- darme espacio tiempo para sanar. Hay una gestación sutil que se está dando dentro de mí y para que eso ocurra, necesita la calma y la empatía de mí misma. Nunca hubiera pensado que este bicho traería la sutileza del reposo, de una mayor interacción de amor y tiempo a mí misma. Aprender de lo sutil está siendo un nuevo camino.

Mañana necesito salir a revisar de nuevo mis pulmones, verificar que no existan más daños. Hace un par de meses, pintaba pulmones, ahora miro los míos y me sigue asombrando mi cuerpo.

## Coordenada

Navegar el nombre es adentrarse en aguas revueltas, míticas, desconocidas. Navegar para encontrarse, de las aguas cristalinas a las profundidades azul zafiro con las múltiples versiones que un nombre puede dar. Navegar y soltarse a las historias, a las voces, a las heridas, a una.

### I. Violeta

Ella, recolectora de nombres y guardiana de silencios, mi madre joven, tan fuerte y bella sorteando lo agridulce del embarazo. Yo llegaba y él se iba. Él se fue. Su ferocidad y tristeza cobijaron mi piel. Un nombre de significado oculto y un nombre para descubrir. Desde que nací la familia materna me acogió con el primer nombre, el de la mujer que descifró los jeroglíficos mayas, aquella que como mi madre, navegó en la arqueología mi infancia.

### II. Signos

Pero qué significa ese otro nombre, el de las variaciones incansables, el que nadie escribe bien. Ese nombre, mi nombre, lo escogió un amigo. Ese es el primer recuerdo que tengo de ese nombre.

Nunca supe el nombre de su amigo en mi infancia. La segunda pista llegó inesperada, un amigo quería darme sus apellidos cuando nací.

### III. Hazeel

La primera vez que cambié de primaria decidí que no quería llevar el nombre familiar, quería una nueva vida, quería ser yo. Intuí que había algo más en ese nombre que nadie sabía pronunciar o escribir. Busqué un par de libro de nombres, lo miré y decidí que, a partir de ese momento, ese sería mi nombre, aunque en casa el nombre familiar aún persiste.

Decir mi nombre, leer mi nombre, escribir mi nombre.

He escuchado y observado las variantes que cada persona le posibilita. De niña las anotaba atentamente en una libreta, las guardé como un tesoro hasta que el tiempo desistió en el pequeño cuaderno de apuntes. Aún me fascinan las miles de historias detrás de esas variaciones, únicas, irrepetibles.

El juego de la palabra, la voz, la escritura.

Recibo mi nombre.

## **El espejo**

Ahí, frente a mí

Desde el otro lado,

Con el claroscuro jugando

Me encontré.

Me he visto demasiado flaca,

Cuando decaigo toda y solo observo mi rostro demacrado, las costillas marcadas, las ojeras que solo llegan en ese momento.

Me he visto con una montaña,

Esperando a las crías, con una redondez que solo sale del vientre, marcando la línea nigra y mis pezones.

Me he visto esbelta,

Cuando ovulo y todo mi cuerpo, mi cabello, mi piel y mi rostro forman destellos  
que me incitan al deseo.

Me he visto horrible,

Cansada, con más ganas de tirarme a la cama y no hacer nada, con la sangre  
resbalando a la entrepierna y el cuerpo flácido.

También cuando de madrugada,

camino sonámbula, insomne,

y me asomo al espejo,

donde en penumbra me veo y me pregunto,

qué sigue ahora, a dónde camino, a dónde marchó,

respondiendo a mis preguntas, venciendo miedos,

acechando a mis propios fantasmas.

En todo momento,

Desde el fractal que vengo,

Desde el poliedro de mis imágenes,

Una soy.

## Ecós

La voz que resuena, profunda, constante. La voz que a veces pierdo. La voz que a veces me guía. La voz, o las voces, que a veces me gustaría escuchar.

El susurro de mi abuelo por las mañanas, dándome diez pesos para el recreo, recibíendome por las tardes, negándose a llevarme con él al mercado, haciendo mi tarea porque la maestra *burra* me ponía a lavar mis calcetines. *Burra, burro*, las palabras de mi abuelo que siempre me hacen reír.

Se han hecho tan mías que cada que viene un acto que solo mi abuelo haría, las exclamo.

Mi abuelo, que ahora a sus noventa y seis años casi no sale de la casa, la pandemia hizo que dejara de salir a la calle, seguro los perros de la calle y los de casa lo extrañan, mi abuelo cantándoles, hablándoles bonito, llevándoles comida. Las personas del mercado seguramente también le extrañan, mi abuelo saliendo a comprar chile y después tortillas, más tarde un jitomate, luego la cebolla y los limones.

La cocina del abuelo, llena de olores, la sopa de ajo siempre presente acompañando los tacos dorados de pollo, el caldo de camarón, el agua de limón, que hasta la fecha siempre preparo en casa, diario, como la de mi abuelo, para no enfermarme.

Extraño tanto a mi abuelo, extraño su cocina, su decirme *burra, burrita* para hacerme reír cuando estoy triste o distraída y no cocino estando presente. Extraño acompañarle al mercado, aun cuando decía que no lo acompañara, me colgaba de sus brazos y le hacía llevarme, para saber a dónde iba, para estar con él.

Mi abuelo, la relación complicada con mi madre y mis tías y mis tíos, la relación compleja de mi abuela. El abuelo que yo amo no es el padre que tuvieron. Es quizás, la primera persona que me enseñó los contrastes de la vida. Fue el padre

alcohólico, el padre que abandonó a su familia por estar sumido en la embriaguez del momento, fue el esposo que comenzó a perderse porque las cuentas iban mal.

Hace un año, previo al inicio de la pandemia, le invité a quedarse en casa, yo tenía tantas ganas de abuelo y él de buscar un lugar donde descansar. Le pregunté entonces por qué había dejado algunos años a su familia, le pregunté si tenía más crías, otras compañeras. Me contó su vida, la llegada a la ciudad, el enamoramiento de mi abuela, la pérdida de su identidad y su familia, la llegada para hacer su familia, el escape en la bebida. Me contó que nunca después de mi abuela estuvo con otra persona, que agradecía que sus hijas e hijos le hubieran rescatado de la calle y calló.

Desde que soy pequeña, la casa en la que crecí es la casa de la abuela, aun cuando el abuelo la habite y viva en ella, las decisiones las toma mi abuela. Crecí enojada por la forma en que trataban a mi abuelo, me costó años comprender por qué el resentimiento, el enojo, la volubilidad de sentimientos. Me volví entonces tierra neutra, soy la única con la que el abuelo comparte sus recetas, con la que ríe y le cuenta sus historias y aunque le he ofrecido interminablemente mi casa, el abuelo se queda con la abuela.

**No**

Como una palabra prohibida.

Profundamente atesorada.

No ha sido y es mi palabra.

No.

Dos letras.

Un sonido.

Una fuerza.

No.

No porque no quería ir a la escuela, quería estar en casa, con mi mamá y mis abuelos. Mi madre cuenta que también era un no rotundo para estar en la guardería aunque de esa parte de mi vida, yo no tengo recuerdos.

Quería estar en casa de mis abuelos y en la casa de la montaña, jugando con las nubes que bajaban, observando a mi mamá y a mi papá escribir todo el día, salir con ellos a trabajo de campo, conocer a la gente, estar con ella, aprender de ella, para luego retornar a casa y perderme en el patio, esperando la lluvia sobre mi rostro, mojarme toda, mojarme con la nube, dejarla pasar por mi ventana, siluetas verdes de árboles en la montaña, nubladas, solo manchas, más nubes, una densidad que habita y luego, se va.

Así que no, no quería la escuela, quería la montaña, la sierra negra, la tierra roja, la leche que me esperaba enfrente de la casa, el establo que cruzando la calle me aguardaba.

Hacía rabetas, me tomaba con todas mis fuerzas del marco de la puerta, de las sillas, del sillón, de la abuela, no quería ir a la escuela, subirme al transporte, llegar a la escuela. Pero me iba, me llevaban, y con los ojos llorosos, derrotados alguien preguntaba ¿por qué no quieres venir? Nunca respondía. Realmente no lo sabía, así como hoy, solo en ese momento no quería ir.

La montaña se terminó entonces. Y me resigné a ir a la escuela. Aunque de vez en cuando, la palabra no se me metía tanto y tan profundo que me acaloraba, tenía fiebres misteriosas que me dejaban en casa un par de días. Entonces la biblioteca era mía. Miles de libros de todas las áreas a mi disposición. Me quedaba en cama todo el día leyendo, aprendía historia, conceptos, leyendas, anatomía, todo aquello estaba a mi entera disposición y lo paladeaba como un postre mientras mi abuela me cuidaba y mi abuelo cocinaba.

No con todas sus emociones.

No a la maestra de natación que me empujaba a los clavados, no a la que no entendía mis preguntas y quizás ahora, con compasión, veo que tampoco ella entendía y no sabía dar otra respuesta.

No a todos aquellos del área de matemáticas que sin tener ganas de enseñar se regocijaban mostrando cuántas estudiantes iban a extraordinario.

No a la orientadora que me pronosticaba un embarazo adolescente solo por saber de sexualidad.

No a la violencia ejercida por parte de instituciones al cuestionar sus métodos o su burocracia.

No, aunque tuve que firmar mi renuncia a la esmeralda por pedir baja estudiantil con una maternidad deseada.

No y no y nunca más en las marchas estudiantiles, en las marchas feministas, en las marchas por una consciencia ecológica.

No porque no somos objetos, experimentos, estadísticas.

No a todos esos amores que les guardo un gran cariño, pero no era ahí donde quería compartir mi vida.

No, aunque siempre trato de negociar.

No porque como me enseñó mi padre, el no ya lo tienes, ahora busca lo que quieres.

No, aunque muchas veces tenga que soltar porque sé que ahí no más.

No, aunque me invada la tristeza.

No y aun así, tengo que esperar.

Quizás la única palabra que me he tomado en serio es no.

Es mi tesoro, es mi tabla, es mi bote.

No

Se hace mi legado, será la semilla que quede para mis crías entre muchos otros tesoros más.

No, un acto de rebeldía, de integridad.

La búsqueda y el encuentro

No

### **La tierra prometida**

A las estrellas las veía como manchas luminosas, creí que así eran, destellos de luz vibrantes, que cambiaban su forma según me movía. Estrellas en la montaña que apenas se vislumbraban entre tanta nube.

Hasta que un día en la escuela, me pidieron identificar letras, unas grandes, otras pequeñas, a una distancia considerable. De ahí a la cita médica fueron cuestión de días. Descubrí las estrellas más contorneadas y brillantes que jamás había visto, aun cuando las gafas me quitaban el piso y solía caer, las estrellas me animaban para usarlas brevemente, solo para el placer de leer y de mirar a través de mi ventana, la noche estrellada.

Descubrí las estrellas. Dibujaba estrellas, leía de estrellas, cuando por primera vez miré los anillos de Júpiter quedé fascinada. Estrellas rojas, azules, blancas. Estrellas que colapsan. Estrellas que chocan, estrellas fugaces, estrellas que se apagan. Estrellas que se posicionan.

Las diosas que habitan las estrellas. Inana. Sotis. Asteria. Alcíone. Hera. Maya. Merope. Citllanicue. Xitlali. Estrellas y constelaciones que cuentan cuentos, historia con mayúscula, historias con minúscula. Trazos que cuentan cuentos, leyendas, obsesiones, destinos.

Y mi estrella. ¿Dónde estaba mi estrella?

El día que descubrí la soledad, miré al cielo.

Estaba sola, como todas esas estrellas, aun cuando forman una constelación, un conjunto, están solas, lejos a millones de años luz unas de otras, su soledad es inminente. Así lo descubrí entonces, a mis nueve años.

La estrella que me guiaba entonces eran todas y ninguna, no la veía, estaba nublada, como cuando veía borroso antes de las gafas.

El mundo me pedía elegir una estrella y yo quería todas, colores, velocidades, formas. La presión de elegir una, la presión para ser una.

Al mundo le falta imaginación para ser una y ser todas, para cambiar cada ciclo, para mudarse de colores, para mirarse en las edades, así como las estrellas, así como el universo.

La soledad se convirtió entonces en un lugar placentero. Ser una estrella vagabunda, formar constelaciones, un día aquí, otro allá. Encontrar constelaciones. Haces constelaciones. Y seguir siendo una, todas en una, y una.

Mi estrella sigue buscando dónde más titilar. Hoy la veo con el anhelo de la montaña. Ese rinconcito aparece cada vez más, posicionándose como estrella polar.

Pienso en mis ancestras que viajaron de lugares tan lejanos buscando su estrella aquí, en estas coordenadas, pienso que, si ellas tuvieron la fuerza para buscar su tierra prometida, también yo la tengo para encontrar mis propias coordenadas.

Esta estrella quiere migrar de la ciudad, abrir una casa medicina conectada a la tierra, una casa donde las nubes cuando estén de buenas, me dejen ver las estrellas.

## **Ofrenda**

No sabía de esa palabra, ese término. No tenía el concepto, pero ya estaba presente. Y simplemente nació. Quizás fue *Momo*, con su maravilloso quehacer, una de las primeras pistas, o la pista que descubro hoy mientras escribo.

Así despacito, mientras miraba el mundo, desde una esquina, observaba, miraba, comprendía y cuando alguien llegaba, lo único que hacía era escuchar.

Acompañar entonces ha sido mi ofrenda. Acompañar del otro lado del Laberinto, lanzando el ovillo para que la otra pueda salir vencedora de su propio Minotauro.

Acompañar esperando como Ariadna, afuera de las clínicas de aborto, del otro lado de la línea, en el mensaje que avisa que todo va marchando.

Acompañar en el parto y abrazar a la otra. Parir es parirse a sí misma, atravesar el miedo, el llanto, la rabia y entregarse a una para encontrar a la cría.

Acompañar con flores y hierbas, la semilla que brota, las raíces que hierven, las hojas que se recolectan.

Acompañar también con la presencia del abuelo fuego, de la energía divina, del canto y del rezo.

Acompañar en un abrazo, en las pesadillas de las crías, en los juegos y en los chichones que se llenan de besos.

Acompañar en las travesuras ajenas y las propias.

Acompañar en el duelo. La muerte, las muertes, los renacimientos, el cambio de piel y el tejido sensible. Acompañar en la enfermedad, en la desesperanza, en la vejez, en la menopausia, en el momento que la otra no se quiere, ahí, en ese momento, me hago presente.

Mi ofrenda a la vida es acompañar.

## **Yo, la hija de mi madre.**

Tan complejo habitar en femenino. Tan complejo porque nos han orillado al maniqueísmo existencial. *Yo, la peor de todas*, así como Juana Inés de la Cruz, aferrándonos a lo que nos gusta con uñas y dientes aunque a veces, quedemos sin más fuerza que la sangre en los vasos sanguíneos, destrozadas.

Yo también soy la peor, aun cuando las mujeres de mi familia hayan cambiado sus propios paradigmas, las insinuaciones constantes están presentes.

La peor por poner límites.

La peor por mandar al cuerno.

La peor por separarse.

La peor por mantener una vida íntima con alguien que también es de lo peor con su familia.

La peor por hacer una familia sin "las" familias.

La peor por no creer en el sistema.

La peor por cuestionar, siempre cuestionar.

Mis tinieblas han sido no solo en buscar sino en encontrar y peor aún en exponer.

Encontrar los secretos de la familia.

Una tumba con un apellido no nuestro. ¿Quién es, quién es, quién es?

La mirada de mi abuela desviándose.

Tan diferente en la tumba de la bisabuela, su madre, con los relatos de la bisabuela, escuchando dulcemente la constante de te pareces tanto a mi mamá, amaba leer y el chocolate, como tú. Tan diferente en la tumba del tío Raúl con su encanto para jugar con todas las crías de la familia y cuidar.

No, en esa tumba, había flores y silencio.

Siempre mucho silencio.

¿Cómo es que una tumba haga más silencio en las personas vivas que en el muerto que la habita?

En mi propia historia encontré la respuesta.

La peor porque en la adolescencia nadie me soportaba.

La rabia me dominaba. Estaba enojada. Enojada con toda la familia, enojada por no encontrar mi lugar. Enojada por vivir en casa de mi abuela. Enojada por medio ir de visita a casa de mi madre. Enojada. Rabiosa. Furiosa.

Memorias. Estoy en casa de mis abuelos rayando viniles, abro la consola, saco los discos y vuelan.

Memorias. Mi abuelito prepara mi desayuno, un huevo frito. Me da dinero para el recreo. Limpia mis zapatos.

Memorias. Mi tío Jorge juega conmigo, río mucho, nos hacemos travesuras. Jugamos.

Memorias. Hay una salida de la escuela, no quiero ir. Mi mamá me anima. Ahí está mi papá. Cuando regreso de ese viaje, él lleva unos patines amarillos. Ahí está mi papá.

Mi abuela también fue una hija de su madre. La tumba es la tumba de su progenitor. No creció con él. Tampoco con sus apellidos, como yo. Me convertí en la peor cuando decidí buscar a mi progenitor. Cuando busqué las posibles respuestas al bisabuelo enfrente de toda la familia. Cuando encontré al Mito. Cuando lo dejé. Cuando encontré a su familia, ahora mi familia, cuando él falleció.

La peor porque no pude callar la historia, quizás ese fue mi primer aliciente para estudiar Historia. Quería saber de todo. Quería encontrar todo. Quería exponer todo.

Ahora no sé si es todo, solo aquello que me cruza, no me deja indiferente.

## **Espíritus**

Mi bisabuela creía en los espíritus de las plantas, curaba con ellas, les hablaba y pedía permiso para usarlas. También creía en las ánimas benditas del purgatorio. Una noche, al salir del trabajo sintió los pasos de un sujeto que la perseguía. Ella aceleró el paso y la persona que iba detrás de ella, también. Desesperada, la bisabuela María comenzó a rezarle a las ánimas. Cuenta que escuchó voces, muchas voces, como gente saliendo del teatro o del cine. El sujeto desvió la caminata y mi bisabuela pudo llegar a casa.

A las ánimas benditas las rodeaba el sagrado corazón de Jesús, Krsna, Shiva, Kali, Shakti, Huitzilopochtli, la virgen de Guadalupe no porque fue invención, pero si la Tonantzin, las diosas y los dioses del antiguo Egipto, Grecia, Roma, diosas y dioses nativoamericanos y demás que nos acompañaban en el camino. Todas las diosas y los dioses existían en mi infancia, rodeados además de mis amigas imaginarias y mi lazo ancestral. Solo la palabra Dios era polémica.

Mi bisabuela bautizo a sus crías. Mi abuela bautizó también a las suyas y a mí me tocó bautizo porque la fiebre alta de la varicela atrajo también una sombra a mi habitación. Sombra que vio mi abuela y no le dijo nada a mi madre. Sombra que vio mi madre y no le dijo nada a mi abuela. Ninguna quería asustar a la otra, hasta que la fiebre no cedió y la abuela mandó a llamar al sacerdote de la iglesia justo detrás de su casa, porque su nieta no se iba a ir al limbo. Así que me bautizaron de emergencia, sin fiesta ni nada, salvo la presencia de mis tías donde una de ella se hizo mi madrina.

Así que crecí rodeada de muchas formas de manifestación de la energía divina, aun cuando mi madre se consideraba atea, los Reyes magos, el Ratón de los dientes y Ubaldo me traían libros y juguetes. Solo la palabra Dios era polémica.

Leer los libros de la casa era encontrar estampas, relicarios, imágenes divinas. A mi abuela le daba por tirar todo cuando se hartaba y en una de esas mi prima y yo salvamos de la basura unos cuadros de mi bisabuela. El sagrado corazón vive

ahora en mi casa. También viven los espíritus de las plantas, las diosas y dioses de todas las culturas, los espíritus de los animales que hemos tenido y las visitas en día de Muertos de quienes amamos llegan a la casa.

Últimamente ha llegado a casa el abuelo fuego, las abuelas y los abuelos de los cuatro puntos, el corazón del cielo, el corazón de la tierra y el corazón de todos los seres sintientes. A veces me da miedo que mi abuela y mi abuelo pasen al plano etéreo, no por su trascendencia sino por su desprendimiento de este plano. Sé que sus enseñanzas habitan una parte muy profunda, raíces de mi árbol, bokashi para mis crías.

## **Arribo**

Punto de convergencia.

Atravesar el miedo a la escritura. Escribía, antes escribía y pintaba.

Y luego encontré unas raíces, espejos, que me detuvieron. Me dio miedo descubrir que la palabra no fuera mía sino la palabra de las raíces. Me dio miedo cuando al leer/me/ les leía.

Escribir con el cuerpo, el ritmo, el tono. Trazar el mismo trazo, el mismo gesto.

Me separé. Resultaba muy complicado leer/me/ y leer/les/. Pero el germinado de las letras seguía, al igual que el de los trazos.

Escribir aquí entonces fue parte del reto de reencontrarme y reencontrar la paz de las palabras. Descubrir/me/, ver/me/, hallar/me/ sin las sombras que creía, solo raíces de lo que también forma parte de una, de mí.

*Una Y en otra Y en otra Y.*

Llevo diciéndome que este año es un año espejo.

Nunca había tenido un año con tantas similitudes y complementos.

Como una parábola matemática creo que he llegado al punto más alto.

El temblor fue el punto álgido.

Es difícil describir en palabras, inicié con la sensación de debilidad y cansancio, el agotamiento.

Escalar para alcanzar de nuevo el camino.

Reconocí esa sensación en el cuerpo, estar tan abajo, tan profundo que lo único que se puede hacer es tomar impulso y abrazar cada brazada, cada patada, para emerger.

Sentir el aire de nuevo, flotar y confiar en la marea hasta dejarse sentir la nueva tierra, la tierra llena de promesas. La sensación de arena y agua, el respiro largo, he llegado, aún no sé qué hay, pero he llegado.

*Parábola*

*Montaña*

*La panza de la boa devorando un elefante.*

Terminé un ciclo siendo arrastrada por las emociones. Me pedí clemencia. Me desbordé.

Inicié este año en el desborde, reconocí el miedo en el cuerpo, me dejé arrastrar.

Nadé, con todas mis fuerzas, nadé.

Cuántas veces tendré que salir así, no quiero hundirme, pero tampoco quiero aprender así de nuevo.

Quiero la paz y la tranquilidad,

quiero el arrullo del fuego y las nubes de la montaña,

dejar la ira y la rabia,

la nostalgia,

la maldita nostalgia que a veces llega a mi piel y se atasca.

Mis cuadernos se han quedado un tanto vacíos.

No he escrito en otro lugar más que aquí. Ha sido un salto desprenderme de mi zona de confort, de ocultar lo que escribo, de explorar otras tierras, a veces tengo miedo de explorarlas, pero he llegado a este punto de convergencia donde no sé qué sigue, pero sigue.

Espejo.

Iván murió.

Estuve ahí tanto como pude, luego me alejé corriendo.

Corrí mucho, huía. En la huida me enojé, rabié, peleé tanto y con tantas personas. Estaba enojada. *No*. En realidad, estaba triste, tenía tanta tristeza que la única forma en que lograba sacarla era corriendo y con la rabia.

Pelear ha sido mi tabla para surfear la tristeza. Porque la tristeza siempre ha estado habitándome.

Corrí.

Corrí mucho.

Y luego tembló.

Tembló tan fuerte que tuve que parar.

Paré.

Me hundí.

Nadie se atrevía a decirme que era una crisis de ansiedad,

Lo tuve que hallar, encontrar mi respuesta.

Eso sucedió en dos mil diecisiete.

En dos mil veinte, Isabella ha llegado a mi casa.

Juega con mis crías, le cuento de su padre.

Se ha ido a acampar, por que quién sino una la va a llevar donde iba con su padre, con mi primo, a la montaña, a las aguas, al bosque.

A sus siete años pregunta por él y me remueve.

Cuando en dos mil trece murió mi Mito, encontré a mis tías, ellas con sus narraciones me encontraron un lugar en su familia.

Historia llena de historias.

En dos mil diecinueve falleció Barbudo Cazazombies.

El tío que llegó tarde a los encuentros cotidianos pero me sostuvo un par de años.

Después de hablarnos diario haciendo planes, de viajes y travesuras, un día dejó de existir en este mundo y mi mundo se deshizo.

Ahora trazo nuevas rutas con la sobrina, viene a comer a casa, la recojo un par de días de la semana de la escuela, hace pijamadas.

El mundo es muy complejo. Estar rota y a la vez entregando amor. Sentirse agridulce y tener la fuerza para explorar.

En este año estoy aprendiendo a cuidar y cuidarme.

Epílogo. Mi año espejo, o no tan espejo, parabolar y para volar, ha sido complejo. Estos días siento que se abre una nueva posibilidad, un nuevo camino.

Aún no sé qué es.

Aún no sé a dónde va.

Siento el cambio.

Lo percibo tan sutil y presente.

Escribir ha sido parte de este proceso.

Mi medicina para curar y acompañar toma cada vez nuevas formas. También he descubierto mi forma de dirigir, organizar y mandar *ajúa* porque me he descubierto como una buena generala, comandando proyectos, abriendo procesos.

Pero no sé a dónde voy.

Solo son muchas Y dentro de grandes Y.

Sé que pronto lo veré.

Se materializará.

Anhelo ese viento nuevo.

Me impacienta, me inquieta y a la vez, le espero.